

## Discurso de recepción del doctorado honoris causa por la Universidad de Salamanca de la profesora María Ángeles Durán

*Comunicación Universidad de Salamanca / 06/05/2022*

Buenos días.

Mis saludos para el Rector, autoridades académicas, estudiantes de la Universidad de Salamanca, familiares, amigos. Y a quienes me acompañen virtualmente en tiempos futuros desde otros lugares.

Agradezco a la Universidad de Salamanca este doctorado que me honra; especialmente, al Departamento de Sociología y la Facultad de Ciencias Sociales. En su nombre, a la profesora Soledad Murillo, en cuya brillante presentación son tanto de agradecer las palabras como el afecto depositado en ellas.

Quiero también recordar con agradecimiento a mi familia, porque sin ellos no estaría aquí; a las muchas entidades que a lo largo de décadas me ofrecieron trabajo y apoyo; y a los amigos que han sido mi soporte en los días buenos y en los malos.

Los discursos de recepción del *doctorado honoris causa* tiene pocas reglas obligatorias. Sin abusar del breve tiempo disponible, el doctorando es libre para articularlo como mejor le parezca. La mayoría trenzan biografía y obra; otros las separan tajantemente, o hacen una lección magistral resumida.

Como buena parte de la biografía de cualquiera de nosotros está hoy accesible en internet con un golpe de tecla, no me detendré en lo que ya está escrito y compartiré con ustedes algo nuevo. Hace unas semanas me preguntaba una amiga historiadora, y se preguntaba a sí misma, qué papel ocupamos en esta sociedad los mayores, qué huella quedará en los nietos de lo que les transmiten los abuelos. Nunca hubo tantos abuelos en la población española, los mayores de sesenta y cinco años ya superamos los nueve millones y somos más que los jóvenes entre los quince y los treinta.

Al hilo de su pregunta, acabé reflexionando sobre cómo afectan los cambios demográficos al modo en que se construye y transmite la ciencia. Y recordé a mi abuelo Gonzalo, que vincula mi memoria infantil con las tierras salmantinas.

Era el mío un abuelo de barba blanca, cariñoso con los nietos, que sacaba caramelos de las orejas y contaba cuentos al calor del fuego. Buen narrador, siempre iniciaba sus relatos con el mismo rito: los niños -entonces había muchos niños- aguardábamos sentados en taburetes bajos de corcho y en silencio, con la vista fija en una pajarita de papel de fumar que subía flotando en el humo por el hueco de la chimenea. Sólo cuando se perdía de vista entre el hollín de las alturas conjuraba las palabras mágicas:

*“...amigo mío, amigo de Dios y amigo de todos los hombres: habrás de saber que érase una vez...”*

Sus cuentos no seguían la saga de los Grimm o Perrault que escuchábamos en Madrid, sino la tradición oral galaico-portuguesa conservada en los pueblos aislados de la Sierra de Gata, en el límite entre Extremadura y Salamanca. A veces los dejaba sin terminar para sembrar

el deseo de una nueva historia o que cada uno la resolviese a su manera.

Me detengo con tanto detalle en episodios de mi niñez para resaltar que las nociones esenciales sobre la organización del mundo las recibí en edades tempranas y de modo tan inconsciente como se respira el aire. No dudo que mi abuelo contribuyó a alentar en quienes le escuchábamos el gusto por las palabras bien construidas y la imaginación, esa capacidad intelectual que sirve de antídoto contra la inercia y propicia las innovaciones.

El abuelo había sido estudiante en la Universidad de Salamanca y contaba sus viajes a caballo para estudiar o visitar a la novia, cruzando en invierno los arroyos crecidos y buscando en verano los manantiales y el resguardo del sol. Como huella de sus relatos me quedaron soplos de miedo hacia la umbría helada de Vadocarro; y un aleteo de inquietud en Peñaparda, donde una vez desvalijaron a su hermano en el camino a Salamanca.

En un paso más hacia la fantasía y el control del alejamiento, de sus relatos me quedó el recuerdo del *hombre del saco* y de las *mampenas*, que aparecían con terribles lamentos en los lugares solitarios.

La Universidad que vivió mi abuelo a finales del siglo XIX era solo de hombres. Les parecía natural que así fuese. Al menos en las aulas, porque fuera era otro cantar. A pesar de los braseros y calzones largos, en invierno se quedaban ateridos en las horas inmóviles y metían los pies en cestos de paja para que no escapase el calor del cuerpo.

Su orla de final de carrera en la Facultad de Derecho todavía cuelga en la que fue su casa. Fechada en el año 1900, presidida por siete profesores de birrete y barbas, retrata a veinte jóvenes licenciados que lucen cuello blanco

duro y grandes bigotes. No hay entre ellos ninguna fémina, salvo la imagen simbólica de la Justicia, bien vestida y escotada, que porta en una mano la espada y en la otra la balanza.

Lo que me pregunto ante ustedes es qué ha cambiado en la herencia intelectual desde aquella época y qué puedo hacer, qué podemos hacer entre todos para mejorar la que hoy reciben los estudiantes y luego transmitirán a las generaciones siguientes. En qué datos de apoyarán, con qué argumentos vencerán convenciendo.

Aunque antes hubo algunas excepciones ilustres de las que la Universidad de Salamanca es buen testigo, las mujeres anónimas empezaron a llegar a la Universidad en lento goteo en el siglo XIX, y de modo masivo en el XX. En la Biblioteca Nacional había estado prohibido su acceso hasta 1837. El impacto de la ausencia de las mujeres se ha sedimentado en la cadena del conocimiento a lo largo de siglos: no es un impacto superficial, afecta a la selección de teorías, métodos y técnicas específicas en cualquier disciplina.

Las mujeres recién incorporadas han ocupado los espacios físicos de la Universidad, en este año son ya la mitad de los estudiantes de doctorado y más de la mitad de los de master; también han aportado nuevas preguntas y preocupaciones que afectan al contenido de los campos disciplinares, especialmente los que tienen por objeto diversos aspectos del ser humano. Su presencia es un claro fermento innovador, a veces incómodo, en la Historiografía, el Derecho, la Medicina, la Arquitectura, la

Psicología, la Filosofía, la Pedagogía, la Filología, el Arte o la Economía. Y, cómo no, en la Sociología.

Rara vez somos conscientes de la monoparentalidad de nuestra ciencia actual, tan escasa de madres que hayan incorporado sus ideas a las corrientes principales del conocimiento. Decía Kuhn en *"La estructura de las revoluciones científicas"* que cuando en una disciplina surge un sector que aspira a cambios teóricos y metodológicos, las únicas alternativas son la creación de una subdisciplina separada o la integración de las nuevas aspiraciones en la corriente principal. A corto plazo la primera opción es más sencilla, pero la segunda es más sólida y duradera.

Esta revolución intelectual tiene todavía mucho camino por recorrer. Entre otros, en la decisión sobre cuáles son los temas importantes en cada campo científico; en el tipo de difusión de los resultados de la investigación; en el reconocimiento profesional de los y las investigadores de las nuevas corrientes. Y en el plano organizativo, en las normas internas de todas las entidades creadoras de conocimiento: las escuelas, las universidades, las sociedades científicas y los órganos de difusión.

Mis maestros de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas me abrieron los ojos sobre la evolución histórica de las ideas. Las ideas no son, solo están. Por ejemplo el concepto de Naturaleza, aparentemente arraigado en la biología pero en realidad íntimamente vinculado con el poder y la política.

Durante más de cincuenta años, mi principal objeto de estudio ha sido el trabajo. Todos los trabajos, no solo el empleo. Investigar sobre el trabajo conlleva investigar sobre la desigualdad, la redistribución dentro de la familia, los canales de acceso a las instituciones de protección social, el uso del tiempo, los conceptos de pobreza y riqueza, la integración y la exclusión. Sin olvidar los enfermos y dependientes, que necesitan el trabajo permanente de cuidado de los otros sin poder pagarlo.

Como contrapeso a la investigación empírica y a la toma del pulso de la realidad a través de las encuestas, a menudo me he planteado cuál debiera ser la relación con los Maestros, los padres y abuelos intelectuales que pensaron el mundo antes que nosotros.

En esa búsqueda de génesis he sostenido largas conversaciones con pensadores que me forzaron a reflexionar y desataron mis sentimientos. O quizá en el orden inverso, el sentimiento primero y la reflexión después. Han sido soliloquios acalorados que luego se desvanecieron dejando por huella unas cuantas páginas escritas. En "*La política*", Aristóteles justificó que algunos seres "*nacen para obedecer*"; entre ellos las mujeres, los esclavos o los animales. Creía que sólo las osas escapan a la regla que gobierna la conducta de las hembras; por eso dediqué meses a buscar la causa de su excepcionalidad en fuentes de biología y antropología. No encontré nada, salvo los mitos de la Osa Mayor y la transformación del femenino *arktos* en el *ursus* latino. De Galileo seguí el rastro de cerca durante una estancia en el Instituto Europeo de Florencia. Comprendí que el miedo

también acecha a quienes describen las órbitas de la Tierra ("*eppur si muove*"), o tantos otros temas convertidos en metáfora de la relación entre el centro y la periferia social. Me detuve también durante meses en las clasificaciones de Linneo, atraída por el impacto social de un léxico capaz de asociar indeleblemente a los humanos con los *mamíferos* y de separarle a su vez de otros animales nombrándole *homo sapiens*. No sé si Karl, en caso de haber nacido Carlota, hubiera jugado igual con las identificaciones: tal vez se le hubiera ocurrido utilizar otras variantes, como *femina sapiens* u *homo testiculans*.

Pero con nadie llevo tantas décadas de intenso diálogo como con Fray Luis de León. En esta ciudad de Salamanca su efiege nos mira desde lo alto de muros y pedestales, su eco resuena en cualquier esquina. Aquí se concentran más estudiosos de su vida y obra que en ningún otro lugar del mundo y sigue atrayendo congresos internacionales. Por eso mis palabras tienen que ser humildes y templadas. ¿Cómo recibir su compleja herencia?

El coste que tuvo que pagar por acercar los libros reservados para los eruditos al lenguaje que hablaba la gente común provoca todavía hoy reacciones de agradecimiento. Como lectora habitual de artículos en la chirriante jerga científica ¡Cuánto he admirado su capacidad para escuchar el ritmo de las sílabas y la música de las palabras ¡Gracias a él he disfrutado de las bellas imágenes del *Cantar de los Cantares*, tan hermosamente trasladadas a la lengua hispana que cuesta trabajo creer que pudiera escribirlas un hombre que no estuviese enamorado.

Hay que decir que tanto Fray Luis de León como Juan Luis Vives se adelantaron a su época en muchos aspectos, entre otros el papel que habían de desempeñar las mujeres en la sociedad. Sin embargo, *"La perfecta casada"* ha sobrevivido demasiado tiempo como texto normativo. La Biblioteca virtual Cervantes recoge setenta y siete ediciones, un récord pocas veces superado que ha contribuido a la creación de un imaginario colectivo, un modelo de conducta tanto más poderoso cuanto mejor guarnecido de bellas palabras.

Muchas mujeres de mi generación recibieron este libro como regalo de boda. El mío fue una edición modesta de tapas blandas, aunque también circulaban entonces ediciones lujosas, con cubiertas de piel y cantos dorados.

Creo que Fray Luis de León podría figurar entre los clásicos que se estudian en las Facultades de Psicología, Ciencias Sociales, Políticas o Económicas. En España ha tenido más influencia que Piaget, Maquiavelo o Adam Smith, por citar solo tres referentes. Ningún texto ha justificado mejor el papel económico asignado a la mitad de la población, las mujeres, con más impacto en la opinión pública y durante más siglos, que *"La perfecta casada"*.

Solo la agricultura y la administración de la casa le parecieron a Fray Luis modos legítimos de obtención de riqueza. Como proto-economista, se opuso frontalmente a la dominación del comercio y las finanzas sobre la antigua estructura productiva agraria, y los declaró ilegítimos. Pensaba que lo que permite crear y expandir el patrimonio familiar, el capital,



es el trabajo intensivo de la mujer; y habrá de hacerlo sin apenas pausa (levantarse al alba “*aunque le duela el estómago*” o sufra pesadez de cabeza), gestionando eficazmente los permanentes conflictos domésticos con hijos y criados (los hogares son “*castillos en frontera*”) y restringiendo su consumo personal en alimentación, vestido y descanso. Tendrá que conseguirlo, además, sin apenas aportaciones externas (“*de las barreduras de su portal*”). Y, cerrando el círculo que vincula el modelo económico con la propuesta de subordinación, sin que su esfuerzo se note: “*como hace la nave, que cuando los otros duermen, navega ella*”.

Además de un modelo productivo, “*La perfecta casada*” contiene una elaborada propuesta de subordinación. Para argumentar la sumisión de la mujer casada al esposo, y la de las mujeres a los hombres en general, cree tener de su lado la legitimidad que le conceden el Espíritu Santo la Naturaleza y la Razón. ¿Cómo oponerse a la autoridad de tan formidable trío?

Para mantener la subordinación predicó el silencio y el aislamiento, algo que no resulta ajeno a los diseños urbanistas y arquitectónicos: “*guarecer las puertas de cerrojos y aldabas*”, que la casada no salga de su propia casa ni acceda a “*las calles, las plazas, las huertas ni las casas ajenas*”. Ni siquiera si el marido incurriera en malos tratos, si fuese “*un beodo*” o “*un verdugo*”, “*ninguna mala condición dél la desobliga*”.

Cuatro siglos y medio más tarde, a pesar de cambios legales como los que recoge el artículo 14 de la actual Constitución española, el sustrato de estas creencias sigue parcialmente vivo. Continúa influyendo en el modo que los tribunales interpretan el Derecho Civil, en la invisibilidad del trabajo doméstico en las estadísticas laborales y la Contabilidad Nacional o, en otro plano, en el modo en que en tiempos de pandemia se devuelven a los hogares las actividades extradomésticas.

No todo el discurso luisiano lo asumiríamos hoy, y como ya nos advirtió Max Weber, estamos obligados a elegir, a discernir entre lo que conservamos y rechazamos.

El equilibrio entre el rechazo y la resignación no es fácil de mantener. La ciencia y la cultura que hemos heredado no se nos ofrece como una alternativa entre todo o nada. Incluye aseveraciones relativas a las mujeres que en su época se tuvieron por naturales, pero ya no podemos asumirlas como propias ni pasarlas por alto. Decía Merton que la innovación social consiste en encontrar el punto en que la fricción respecto al pasado y el presente se minimiza y se abren al máximo las opciones para el futuro.

Fray Luis de León vivió en carne propia los riesgos de la innovación, y tuvo que encontrar un modo de sobrevivirla. En eso, como en otras cosas, fue un maestro cuya huella permanece. Tal vez no pronunciase la célebre y serena frase “...*decíamos ayer...*”; pero si fue repetida y guardada en la memoria de sus contemporáneos es porque resultaba congruente con su imagen y bien pudiera haberla dicho.

Hoy sigue habiendo entre nosotros muchos investigadores, mujeres y hombres, que asumen cotidianamente la actitud del “*eppur si muove*” de Galileo y del “*decíamos ayer*” de Fray Luis de León. Sostienen a su modo la innovación aunque paguen un precio por ello, e intentan investigar y enseñar a pesar de las fricciones de todo tipo, del riesgo de equivocarse y de las incomodidades que la introducción de nuevas ideas les acarrea. No gritan ni derriban estatuas, pero acaban transformando el modo en que conocemos y vivimos.

Para ellos va mi admiración y mi mayor agradecimiento. Muchas gracias a la Universidad de Salamanca por haberme dado la oportunidad de decirlo desde esta histórica sala.

Salamanca, 6 mayo 2022